

as maravillas, si basta decir, que en todas partes descubrimos el ojo de Dios que todo lo ve; y si siempre podemos decir con los Ejipticos, admirados de los prodigios de Moyses: "Digitus Dei est hic," ¿el dedo de Dios es este? Hablamos del hombre, me direis, y lo has dicho todo. Teneis razon.

Pero, ¿Quién es el hombre? ¡Ah! ¡qué pregunta! Y si hubiera de contestaros con Job, ciertamente amargaría vuestro corazon por estas sublimes palabras que tambien amargaron el mio. "El hombre nacido de flaca y débil muger, de corta duracion sobre la tierra, y lleno de trabajos y miserias mientras vive, apenas se deja ver, cuando semejante á la flor, es cortado y se marchita: desaparece como sombra, y jamas permanece en un mismo estado, porque es inconstante y mudable" (Paráfrasis de Job, cap. 14 v. v. 1. y 2.); pero olvidad su destino sobre la tierra y contempladlo con David, y lo hallaréis tan grande, que os vereis precisados á preguntar á Dios con el mismo Profeta: *¿Quién es el hombre para que así lo ensalcéis, ó el hijo del hombre para que pongais en él vuestros pensamientos y cuidados? Es cierto que lo hicisteis de condicion algo inferior á la de los Angeles; pero al mismo tiempo lo colmasteis de honra y de gloria*" (David Salmo. 8.) Miradlo caminando sobre la tierra con su frente levantada, porque en ella lleva escrito el título de Rey de la creacion, y tiene bajo sus plantas: *"todo lo creado, bueyes, ovejas, las fieras del campo, las aves del aire, y aun los mismos peces, que nadando cortan las aguas del mar."* (David Salmo. 8.) No admireis su cuerpo: es cierto que basta el ojo para demostrar la existencia de Dios; pero todo, al fin, no es mas que el palacio donde habita una alma que es la inspiracion de la vida, el soplo de Dios, su misma semejanza. Inteligente, como los Angeles, se elevará sobre sí mismo para contemplar estático las per-

fecciones de su Autor; y amante como el Querubin; se unirá á EL, hasta confundirse en su misma esencia.

Esto es el hombre; y por eso es que Dios lo ha formado el objeto de sus complacencias, y lo mira como la pupila de sus ojos, y lo cuida, en la expresion del Profeta, como la gallina cuida de sus polluelos. Todo, en el tiempo de su peregrinacion, lo convertirá en su bien. El rayo, que ántes nos hiciera estremecer, será en lo sucesivo el humilde mensajero que comunique nuestros pensamientos á los que habitan el opuesto hemisferio, y el mar que embravecido nos espantara, doblará ante nosotros sus rodillas, y presentará su espalda movediza para conducir los palacios, donde alegres caminamos, para dar un abrazo á nuestros hermanos del otro continente.

Mas todo este cuadro de felicidad y de ventura para el hombre, desaparece á mi vista, por otro cuadro que me hace estremecer. Yo veo, señores, y admiro los palacios que se fabrican los hombres para la ostentacion; pero á sus puertas siempre encuentro á los Lázaros, que no tienen, como la paloma, un nido donde guarecerse de la lluvia, del frío y del calor: escucho en sus grandes salones la armonía de la música y el ruido de las copas donde se brinda el placer, y fuera solo escucho el ¡ay! del pobre á quien los perros lamen las llagas: la púrpura y el lino finísimo, las piedras y perlas que adornan los vestidos del rico, deslumbran mis ojos; pero el pobre desnudo enternece mi corazon. . . . y la mesa opípara donde se sirven exquisitas viandas insulta al mendrugo de pan, que humedecido con lágrimas, alimenta al huérfano. Los gritos de alegría, de gratitud y de entusiasmo de los que gozan, los oigo confundidos con otros gritos de tristeza y de dolor, de lástima y sufrimientos, de aquellos á quienes solo les tocara

en patrimonio la miseria y el llanto. Crueles, les dicen, inhumanos, no insulteis nuestra desgracia! Nosotros nacimos como vosotros, desnudos y llorando. ¿Qué derecho teneis para ser felices? ¿Será solo vuestra osadía y descaro con que nos decís "Esto es mio. . . nada es tuyo"? . . . ¿Dónde está, Señor, tu Providencia? . . . Silencio, responde la Religion, no murmureis ántes de escucharme.

Abro los libros santos, esos libros de eterna verdad, y me encuentro tan recomendados los pobres, que me parece que Dios se olvidaba de todo, por tenerlos siempre en su corazon de Padre. Por esto, Moyses dando leyes á su pueblo le decia: "No faltarán pobres en la tierra de tu habitacion; por tanto, yo te mando que abras la mano á tu hermano menesteroso y pobre que mora contigo en la tierra." (Denteron. C. 14. v. 11) Así tambien Isaías, reprendiendo la hipocresía del ayuno de los judíos, les enseña las obras aceptas á los ojos de Dios. *Parte, les dice, con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos, mételes en tu casa; cuando vieres al desnudo, cúbrelo, y no desprecies tu carne, entónces tu lumbré saldrá como la mañana, y tu sanidad mas pronto nacerá, y tu justicia irá delante de tu cara, y te regocijará la gloria del Señor.*" (Isaías C. 58. v. v. 7 y 8.)

Mas todas estas doctrinas, como todo el antiguo testamento, no estaba mas que destinado para anunciar á Aquel que perfeccionaria en sí la ley, elevándola con su conducta. Hablo de Jesucristo. Miradlo que hizo y lo que predicó en la materia que nos ocupa. Su precursor, el que habia de preparar sus caminos, vive en el desierto, se cubre con pieles de animales y se alimenta con la miel de los panales. . . era un pobre. Los padres del que habia de nacer eran pobres. José era un humilde carpintero, que pedia de limosna un alojamiento para María cuando llega-

ron á Belen de Judá para cumplir con el edicto de Cesar Augusto.

Nace Jesucristo, y su palacio son unas ruinas, su cuna un pesebre, sus pañales unas pajas, su corte. . . una Madre que lo adora y lo besa al nacer, y un Padre que extasiado de amor, tambien lo adora y tambien lo besa. Los Angeles anuncian su nacimiento á unos sencillos y pobres pastores, y no reciben otras señas del que han de ir á adorar, que el pesebre donde está reclinado y los pañales que cubren su cuerpo infantil. Pasa J. C. treinta años en una vida tan pobre y tan oscura, que solo es conocido cuando lo señalan por el Hijo del Carpintero. Antes de comenzar su predicacion, Juan se confundió cuando Jesucristo se presenta entre los pobres para ser bautizado: elije por testigos de sus milagros y discípulos de su doctrina á unos pescadores, á quienes siempre llamó sus amigos, y á quienes reveló los secretos de su mision divina: la cátedra de su ensenanza? . . . la falda de un monte y las riberas de los rios: su auditorio predilecto? . . . las turbas. Así vive, siempre pobre, y siempre entre los pobres, porque habia de morir desnudo en una Cruz para que su cadáver fuera envuelto en una sábana que le dieron de limosna, y tuviera una tumba, que le preparara la misma caridad. Estos son los hechos, ¿y su doctrina? Oidla.

Apénas era conocido Jesucristo por su predicacion, y cuando llegó la fama de sus milagros á los discípulos de Juan, manda á dos de ellos para que hagan esta misteriosa pregunta. ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Hace Jesucristo en presencia de ellos algunos milagros, y les dice, *Id, y decid á Juan lo que habeis oido y visto: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan. . . á los pobres es anunciado el Evangelio.*"

(S. Mateo C. 11. v. v. 4 y 5.) Si nos quiere dar una idea del juicio que decidirá de nuestra suerte feliz ó desgraciada, parece que todo se olvida, y solo hace mención en el proceso, de las obras de misericordia para con los desgraciados. Entónces le responderán los justos y le dirán "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te fuimos á ver? En verdad, responderá el Juez, "que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeños, á mí lo hicisteis." (S. Mateo C. 25 vv. 37, 38, 39 y 40.) Permitidme, señores, en vista de estas palabras, que solas ellas merecerían la vida para meditarlas, que os diga, que la razon por sola su fuerza pudo demostrarnos, que los pobres son nuestros hermanos, pudo mover nuestro corazón á amarlos tanto como á nosotros mismos y aun mas; pero solo á Jesucristo, es decir, á Dios, le estaba reservado divinizarlos, colocándose en su lugar. "Lo que hicisteis á uno de estos pequeños á mí lo hicisteis."

Natural era, entónces, que los discípulos de Jesucristo se empeñaran en hacernos comprender que esta era la doctrina predilecta de su divino Maestro, hasta llegarnos á decir, hablando de las obras de misericordia, que la religion para y sin manilla delante de Dios y de su Padre, es esta: **VISITAR LOS HUÉRFANOS Y LAS VIUDAS EN SUS TRIBULACIONES.** (Ep. de Santiago C. 1.º v. 27.) Veámos la consecuencia de esta doctrina.

"En moral, dice Rousseau, solo el "Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único, y siempre semejante á sí mismo. . . La inteligencia "nos dice, que conviene á los hombres observar sus preceptos; pero que no está á "su alcance el conocerlos. (J. J. Rousseau,

Letres écrites de la Montagne, p. 30.) ¡Que "moral!" esclama á este propósito Augusto "Nicolas, "¡Qué doctrina! ¡Qué luz tan "divina! Qué salud y qué gloria para el "linaje humano! . . . Pero ¡qué revolución "en todas las ideas! ¡qué trastorno en todas las concepciones del humano espíritu! ¡qué subversion de toda la naturaleza "terrestre. . . ! ¡Qué! ¿Todos iguales, "todos hermanos? ¡El esclavo al igual "del dueño, el niño en parangon con el filósofo, el Publicano al lado del Fariseo! ¡Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los "que son perseguidos! ¡Perdonar las injurias y perdonarlas siempre, amar á "sus enemigos, y amarlos tanto como á sí mismo! Cuando la sabiduría eterna hizo salir el mundo del caos, y todos los "elementos confundidos se dividieron, y se "colocaron en el lugar que les estaba señalado, la luz en el firmamento, las aguas "en el abismo de los mares, el aire en el "espacio, y apareció la *árdua* valancéandose sobre su doble polo, radiante de "virginidad y lozania, la sabiduría eterna "no se manifestó mas visiblemente que "cuando descendiendo á habitar entre nosotros, hizo tambien salir el mundo moral del caos del espíritu humano transformando y disipando nuestras falsas concepciones, colocando en el cielo lo que "nosotros habíamos creído propio de la "tierra, y precipitando, al abismo lo que "habíamos divinizado; dando el nombre "de felicidad á los males, y de desgracia "á los bienes verdaderos; la sabiduría "eterna, decimos, se presentó de modo, "que pareció á todos los mundanos una "insigne locura." (A. Nicolas Est. Filof. 2ª part. c. 2.º)

Pero, esta locura divina añadiré, esta doctrina encarnada, humanizada, era sin duda la que habia de producir, segun el orden de la Providencia, copiosos frutos

en favor de los miserables. Ese fuego de caridad, con el que Jesucristo incendió el mundo, prendió en el corazón de Pablo hasta hacerlo desear ser anatematizado por sus hermanos, y trabajar sus vestidos por sus propias manos para ahorrar todo para el pobre enfermo; prendió en Pedro para que su fe ardiente diera la salud á un cojo que en las puertas del templo le pedía plata ú oro. De los Apóstoles se comunicó á los primeros fieles, al grado de ir á colocar sus bienes á los pies de aquellos, para que todos fueran comunes, y desapareciera el mío y el tuyo. Este fuego, prendió en el leuita Lorenzo, para que ántes de su martirio le señalara al tirano los pobres en quienes habia depositado los bienes de su Iglesia: es el mismo fuego, que produjo en tiempos mas recientes á un Luis Rey de Francia, cuyo elogio hace el mas enemigo de los Reyes, Voltaire: "San Luis, dice, es humilde en el seno de la grandeza; es Rey y humilde." San Luis socorre á los pobres; se postra en su presencia. Es el primer Rey que los haya servido. Toda la moral pagana, no habia siquiera imaginado una cosa semejante." Es el mismo fuego, que en diversos tiempos haria nacer á los Camilos de Lélis, á los Felipes Neris, á . . . Vicente de Paul, padre de esos Angeles humanados que velan constantemente á la cabecera del enfermo, para que cuando este lance un quejido de dolor, oiga el dulce eco de una voz que le dice, ¡hermano!!! Y cuando extiende sus brazos trémulos, levante su cabeza agobiada de pena, tenga un pecho donde reclinarla, y descanse sobre un corazón que late por su amor. . . ¡Bendita por siempre una Religion que acogiera á la humanidad en su cuna para enjugar sus primeras lagrimas, y que en su agonía, estará á su lado para consolarla, recogiendo su postrer suspiro!!!

Así queda resuelta esa contradiccion que tanto nos espantara en la division de los bienes de esta vida: cuestion, que á la verdad, seria muy difícil para las escuelas, y que produciria grandes agitaciones entre los sabios, si la Religion no hubiera venido á decirnos, que el modo de socorrer á los pobres y de equilibrar los bienes, sin hundir á las sociedades en un abismo, no era cuestion de números, y que una sola palabra la resolvía, es decir, la caridad, y que de esta naceria una regla y segura para todo ese gran problema, cuya regla es "El que tiene de al que no tiene." Este es el orden de la Providencia, y quebrantarlo es, sin duda, un crimen. "El dinero que entierras, dice un célebre escritor, es la redencion de los miserables: el pan que guardas, es de los que tienen hambre; y el vestido que escondes, es de los que están desnudos: sábetes que invades los bienes de tantas personas cuantas puedes auxiliar, y no quieres hacerlo." No así los que conformándose con el orden de la Providencia, extienden su mano para socorrer al necesitado. "La limosna, en sentir de S. Agustín, "es el gran consuelo de los creyentes, la protectora de todas las virtudes, la fortaleza de la esperanza, el remedio del pecado, la corona de la paz, "la que se concilia á Cristo, Juez, y la "que cuenta á Dios por su deudor. Bien comprenderéis, señores, con cuanta razon aseguré. "Que eran felices los que entienden en las necesidades del pobre, porque el Sr. siempre los protegerá."

Reciba entre tanto el Supremo Gobierno del Estado y el M. I. Ayuntamiento, los mas entusiastas parabienes por las glorias de nuestra Patria que celebramos hoy, y los mas tiernos sentimientos de gratitud del huérfano, del anciano y de la viuda, porque en este dia augusto les abren las puertas de una casa donde re-

cibirán el fruto de la caridad fecunda en beneficios. Mas ántes de concluir, permítidme una reflexion.

Los que murieron por darnos pátria, sin duda subian contentos las gradas del cadalzo, porque caminaban enajenados con la grande esperanza de que algun dia seriamos solo Mexicanos, y recogeriamos gustosos los frutos de tan grandes sacrificios. Mas por una lamentable desgracia, no sucedió así. Creo, Sr. Gobernador, que nuestros libertadores preferirian mil veces ocultarse en sus tumbas si les fuera dado por un momento volver á la vida y mirar á sus hijos con al puñal en la mano para hundirlo ¡ay! en el pecho de aquel que al morir exclamára "yo te perdono, eres mi hermano." ¿Qué contestariamos, si con su rostro airado nos pidieran cuenta de esa multitud innumerable de victimas, sacrificadas á las mas infames pasiones, y á miserables intereses? ¡Ah! Sr., yo entonces cubriría mi cara con mis manos, y postrado, les pediría un lugar en su estrecho sepulcro. Por eso mis humildes votos no tienen otro objeto, que la paz para mi amada Patria, porque el cuadro que se presenta entónces á mi vista, embriaga mi alma de un placer inexplicable. Y para conseguirla ¡ojála que todos los mexicanos erigieran un altar, donde el fuego del verdadero patriotismo consumiera nuestros odios: yo el primero, estrecharia allí entre mis brazos al que me viera con frialdad, y le daria todo mi corazon á mi mayor enemigo.

Secundad, vosotros, mis votos, cuando vuestras oraciones suban al trono de Dios, como el humo del incensario que se le ofrece en el templo. Pedidle, sí, porque siempre la plegaria del pobre enternece su corazon: pedidle que bendiga á vuestros bienhechores y les dé una mirada con esos ojos que siempre miran para hacer el bien, y cuando os senteis á la mesa para co-

mer el pan de la limosna, decid unos á los otros, recordando este dia "Felices los que atienden á la necesidad del pobre y del menesteroso, porque el Sr. los protegerá.—DIJE.

A LA ILUSTRE BENEFACTORA DE

QUERÉTARO.

DOÑA MARÍA JOSEFA VERGARA.

¿Quién eres tú, muger, que en este mundo Tu paso así has dejado tan impreso?  
¿Quién eres tu muger á quien mi labio Te nombrará quizá mas con respeto?  
¿Qué hiciste di, que hoy te santifica. Lleno de amor y agradecido un pueblo Y ante tu imágen trémula se postra Y enternecido ve tu monumento?  
¿Fuiste acaso una Reyna festejada De adulacion con el servil incienso?  
¿Tu paso caminó siempre entre flores Y pasaste en el mundo sonriendo?  
¿Disfrutaste tú en él? ¿fuiste el torrente Del deleite que brinda el mundo necio?  
¿Sembraste tú á tu paso el entusiasmo?  
¿Fuiste de mil amores el objeto?  
¿Te encontraste acaso festejada Siendo del mundo bello un hornamento?  
¿Qué has hecho di? ¿Por qué ni el cruel olvido, Que todo con su manto tiene envuelto Ha tocado tu nombre é inclemente La condena tambien al frio silencio?  
¿Fuiste acaso muger, de esas mugeres Que á Roma dieron con su heroico ejemplo Un renombre inmortal y que la historia Les consagra un lugar en ella eterno?  
¿Fuiste de esas mugeres que olvidando Lo débil y lo frágil de su sexo Iatrépidas volaban al combate Su sangre derramando por el pueblo?  
¿Fuiste acaso . . . ? Mas nó; ya sé tu historia Tu historia es este vasto monumento, No la escriben cual otras las naciones De sus heroicas armas al estruendo: Es tu historia mas grande, no hay espacio Que pueda contener todos tus hechos, Y estrechada en sus límites, Dios mismo Quiso escribirla y la escribió en el cielo.

Si allí está; historia que las lágrimas Del infortunio escriben en el suelo Un ángel las traduce en las estrellas Del azulado y puro firmamento Deja que tenga el guerrero ilustre Su historia consignada á un monumento Quieres otra mejor tú que este asilo Donde halla el infortunio su consuelo? Quieres oír otro himno de alabanza Que á tí suba cual sube el puro incienso, Que oírte bendecir cual te bendice El que padece infortunado pueblo? Quiero cantar tu gloria; en mi entusiasmo Busco un grandioso celestial objeto Y ante tu imágen yo caeré de hinojos Porque al ir á cantar te venero. Si tú no eres muger, eres un ángel A quien Dios le ordenó bajara al suelo A enjugar del que llora el triste llanto A dar al miserable el alimento Tú bajaste con formas terrenales Tu imágen está allí cual la estoy viendo Pero es que has encarnado só la tierra De caridad el sacrosanto génio.

¡Bendita seas Ilustre bienhechora. Del queretano infortunado Pueblo! Dios te sonríe al verte presidiendo Este refugio al que padece hecho. ¡Bendito seas! recibe bondadosa Las bendiciones que á tí eleva el pecho De cada sér á quien tu mano amiga Imparte en su infortunio su consuelo Vosotros, seres que en el triste mundo Caminabais confusos, macilentos Sin tener un abrigo que os librara De los horrores del fatal invierno Que no teníais amparo, porque el hombre Ve del hombre el dolor siempre sonriendo, Bendecid esa ilustre bienhechora De ardiente caridad bello modelo. Que sea para vosotros esa imágen Un eternal y venerando objeto. . . . Que si ella os hizo bien, sean vuestras lágrimas De gratitud su eterno monumento.

Querétaro, Setiembre 16 de 1861.—Luciano Frias y Soto.

